

La guerra inevitable

ENRICO TOMASELLI :: 10/07/2024

El régimen israelí -consciente de haberse estancado en Gaza- necesita ganar tiempo (posponer el enfrentamiento interno) y un desvío (atacar a Hezbollah), que aparte la atención del desastre

A veces, las decisiones que toman los líderes no son razonables. Evidentemente mucho depende del contexto y del pensamiento político-ideológico al que se refieren. Un ejemplo es Adolf Hitler, quien desde los años del golpe de Munich hasta las vísperas de la Operación Barbarroja siempre mostró una gran claridad política y estratégica, para terminar gradualmente en las garras de un delirio verdaderamente psicótico.

Lamentablemente algo así está sucediendo una vez más y, paradójicamente, esta vez el papel lo desempeña el líder del régimen israelí Netanyahu.

Al menos a partir del 7 de octubre de 2023, sus capacidades de liderazgo -como político veterano- se han debilitado progresivamente, y parece cada vez más gobernado por los acontecimientos, más que gobernarlos.

En este continuo giro, en el que evidentemente arrastra consigo a un país que, más allá de sus errores, se identifica en gran medida con su pensamiento, cada día se da un paso más hacia una nueva guerra, quizás más breve que la ucraniana, pero ciertamente mucho más feroz y mucho más desestabilizadora.

En cierto sentido, Israel parece condenado a la compulsión de repetición.

Obviamente, más allá de la personalidad de Netanyahu, hay un problema subyacente, que va mucho más allá de él y de su gobierno, y es la ideología sionista. No es éste el lugar para analizarla y diseccionar las enormes contradicciones que la caracterizan, pero no podemos dejar de mencionarlo ya que es en ella que se basa -literalmente y en todos los sentidos- el Estado de Israel. Por lo tanto, esta *huella* fundacional no puede eliminarse y se refleja en las decisiones tomadas por los distintos dirigentes israelíes, desde el '48 hasta hoy. Israel simplemente no puede dejar de ser lo que es, no puede convertirse en algo distinto de sí mismo.

Pero si la existencia de un Estado sionista fue posible -jugando, por un lado, con el sentimiento de culpa de los europeos y, por el otro, con el interés estratégico de EEUU- en el mundo formado después de la II Guerra Mundial, en el nuevo mundo que está surgiendo, sus *posibilidades* de supervivencia son cada vez más escasas.

Israel -su destino- está en una pendiente resbaladiza, y prácticamente no hay manera de enderezarla; lo único que puedes hacer es regular la velocidad de la caída, intentar amortiguar al máximo las consecuencias. Pero, y aquí entra en juego la personalidad del líder, su (y no sólo su...) irracionalidad. De hecho, el Estado judío aparentemente está haciendo todo lo posible para que las cosas le resulten más difíciles y dolorosas. No se trata

tanto del exterminio sistemático de la población civil de la Franja de Gaza -esto, por desgracia, encaja perfectamente en una historia que no por casualidad comenzó con la *Nakba*-, sino más bien de la transición de un pensamiento político-estratégico racional (que también puede ser terriblemente feroz, pero con lucidez propia) a un *pensamiento mesiánico*, que por definición está absolutamente desprovisto de cualquier conexión con la realidad.

En esta forma de delirio político se pueden incluir dos elementos clave de la conducta estratégica del régimen israelí. La ilusión de poder destruir militar y políticamente a Hamás y a la Resistencia Palestina, y la obsesión por deshacerse de Hezbollah.

Ni siquiera vale la pena detenerse en el primero de los dos: no sólo cualquier estudio de la historia político-militar, sino también y sobre todo de la propia historia de Israel, debería mostrar que se trata de un objetivo muy poco realista y absolutamente inalcanzable. Y no porque haya déficit de voluntad política, de capacidad militar o de adecuación de medios. Sino por una razón política precisa e inevitable.

Borrar esta consideración, reducirlo todo a una mera cuestión militar, de puro ejercicio de la fuerza, es un error colosal, que debería ser evidente a los ojos de los dirigentes israelíes. Si no estuvieran cegados por su delirio mesiánico.

La guerra, como enseña Von Clausewitz, no es simplemente (como su frase tan citada a menudo nos lleva a pensar) la transición de la política «*a otros medios*», sino su «*continuación*» con otros medios. Esto significa que la guerra es en cada uno de sus actos, incluso los más pequeños, una cuestión política; no sólo en sus objetivos últimos, sino literalmente en su continuo desarrollo. Por lo tanto, fijar objetivos inalcanzables significa socavar *cualquier* posibilidad de éxito. Una guerra que pretende lograr resultados imposibles es una guerra perdida desde el principio.

Pero es más bien lo segundo en lo que merece la pena centrar nuestra atención, porque todo parece indicar que el delirio psicótico que se ha apoderado de los dirigentes israelíes les está llevando hacia la guerra con el Líbano.

Vale la pena subrayar aquí cómo, una vez más, un enfoque irracional y apolítico del instrumento guerra ya es en sí mismo un factor que invalida un posible éxito. Parece bastante claro que la elección de entrar en un conflicto abierto y directo con Hezbollah no surge de una evaluación estratégica reflexiva y compartida, sino más bien de un cálculo: los dirigentes israelíes -conscientes de haberse estancado en Gaza- necesitan ganar tiempo (posponer el enfrentamiento interno) y un *desvío*, que aparta la atención del desastre en la Franja, y al mismo tiempo responde a una demanda de venganza y seguridad que recorre a la sociedad judía.

Además, este cálculo -y no es el único- también es en cierta medida incompleto. De hecho, está igualmente claro que todavía no existe una elección definitiva en este sentido, ya que Netanyahu y sus seguidores son muy conscientes de los riesgos, pero, sin embargo, continúan comportándose como si quisieran que así fuera. Se añade así al cálculo una especie de fatalismo. Sin embargo, todo esto produce un giro progresivo hacia la guerra, sin una determinación real de hacerla y, sobre todo, sin una estrategia real para ganarla. Al

final, de hecho, el pequeño cálculo mencionado anteriormente se ve reflejado en el gran cálculo: la apuesta a que EEUU intervendrá para salvar la situación.

Este otro cálculo se basa evidentemente en la convicción de que Washington no podría permitir una derrota radical de su socio estratégico en Oriente Medio, así como en la conciencia de que EEUU seguramente vería con agrado la destrucción de Hezbollah, el Eje de la Resistencia e Irán.

Al mismo tiempo, Tel Aviv también sabe que EEUU no quiere un conflicto prolongado en Oriente Medio, que podría desestabilizarlo de forma desfavorable, y que sobre todo no lo quiere *en este momento*, porque se encuentra en una complicada fase de transición (interna e internacional), en la que debe gestionar la retirada del frente ucraniano, garantizando al mismo tiempo que esté *cubierto* por los europeos, y sentar las bases para la confrontación con China en el Indo-Pacífico.

Además, hablando en términos estratégicos, incluso si EEUU se viera arrastrado por los pelos a un conflicto israelí-libanés, todavía tendría dos posibilidades de intervención, una de las cuales no es particularmente favorable a Netanyahu y sus asociados.

La primera opción, por supuesto, es involucrarse profundamente en el conflicto. Esto tendría la consecuencia inmediata de su rápida expansión: las bases estadounidenses en Siria, Irak y Jordania se convertirían inmediatamente en blanco de ataques mucho más intensos y precisos que los alfilerazos de los últimos meses, por no hablar de la flota en el Golfo de Adén. Lo único que Washington podría desplegar en cualquier caso es su fuerza aérea (y probablemente la de algunos países amigos: Reino Unido, Jordania, Arabia Saudita...), cuya eficacia es en cualquier caso limitada, y debería ir seguida de medidas sobre el terreno.

Lo cual, si tenemos en cuenta el tipo de esfuerzo necesario para la segunda guerra contra Irak (más de 300.000 hombres), y sobre todo tenemos en cuenta la situación actual (Hezbollah + Amal + ejército libanés + Resistencia iraquí + Resistencia yemení + IRGC + Ejército iraní + ejército sirio...) parece francamente imposible. Se necesitarían al menos dos millones de hombres para una guerra (limitada) contra un despliegue regional tan vasto, liderado por Irán. Por no hablar de la presencia rusa en Siria...

En resumen, una guerra israelí-estadounidense contra Irán y sus aliados regionales está fuera de la realidad. Menos aún en el contexto actual.

La segunda opción, la viable, se adaptaría al modelo de la crisis anterior de 2006. Tras una breve fase de conflicto en la frontera, con fuertes intervenciones de la fuerza aérea estadounidense en el Líbano para evitar la derrota total de Israel (y cuidando de no ampliar el conflicto), una mediación internacional para llegar a una solución de la crisis. EEUU pagaría un precio por intensificar los ataques contra sus objetivos en la zona, pero sería un precio aceptable. El precio sería mucho mayor para Israel, que se enfrentaría una vez más a la derrota sobre el terreno, se vería obligado a aceptar un alto el fuego en condiciones desventajosas y con la patata caliente de Gaza todavía en sus manos.

El destino de Netanyahu (y compañía) aún estaría sellado.

Si este es el panorama general, desde un punto de vista estratégico y geopolítico, esto no excluye en absoluto que, dado que los dirigentes israelíes se encuentran en el plano inclinado de su pensamiento mesiánico, paso a paso, sin siquiera una convicción real, la guerra con Hezbollah realmente llegará.

¿Qué pasaría, en ese caso?

Lo más probable es que la primera medida israelí sea intensificar los bombardeos del sur del Líbano y de los barrios chiítas de Beirut. Es posible que en esta etapa Hezbollah despliegue sus sistemas antiaéreos de manera más masiva y la fuerza aérea israelí sufra algunas pérdidas. Inmediatamente después, las FDI avanzarían a través de la frontera, buscando ocupar centros estratégicos. Sin embargo, la frontera entre Israel y el Líbano es una zona rica en relieve y zonas forestales, que reducen la movilidad de las fuerzas blindadas. Para lograr sus objetivos tácticos (hacer retroceder a Hezbollah más allá del río Litani, que se encuentra aproximadamente entre 10 y 30 km de la frontera), las FDI deben avanzar en profundidad, a lo largo de toda la línea de contacto, teniendo cuidado de *despejar* la zona a medida que avanza.

La reacción de Hezbollah ante tal ataque (no examinaremos aquí las acciones de apoyo de todo el Eje de Resistencia) presumiblemente se produciría en múltiples niveles. En primer lugar, utilizando su gran disponibilidad de misiles, desataría un ataque masivo contra Israel; los objetivos probablemente serían predominantemente militares, en particular aeropuertos, estaciones de radar y sistemas de defensa antimisiles. Pero es muy probable que ciudades como Haifa y Tel Aviv también se vean profundamente afectadas.

Sobre el terreno, aprovechando tanto la configuración orográfica como la red de refugios subterráneos y el mejor conocimiento del territorio, Hezbollah adoptará probablemente una táctica de resistencia flexible, intentando hacer avanzar al enemigo en lugares más aptos para emboscadas, hacerle alargar las líneas de reabastecimiento de combustible y golpear la retaguardia inmediata de las FDI.

Esto significa que el ejército israelí podría avanzar de forma limitada en territorio libanés, pero a costa de grandes pérdidas de hombres y equipos, mientras que el impacto en sus sistemas e infraestructuras de defensa, por no hablar del impacto psicológico en la población, sería muy fuerte. La capacidad de disuasión de las fuerzas armadas judías, ya gravemente afectadas por la operación *Tormenta de Al-Aqsa*, quedaría destrozada, asestando un nuevo golpe, tal vez definitivo, al proyecto político sionista.

La onda expansiva de tal conflicto, incluso en su versión limitada, sería enorme y reverberaría en una vasta zona, desde Turquía hasta Somalia y desde Libia hasta Irán, poniendo a la OTAN en mayores dificultades, en un cuadrante estratégico fundamental. Si Israel decide tomar tal medida, perderá mucha más simpatía entre sus amigos occidentales que con el genocidio palestino. Y también por esta razón podría resultar un error fatal.

Nota: El ataque israelí probablemente comenzaría desde el este, desde el *saliente* formado por las granjas de Sheeba y los Altos del Golán (territorios libaneses y sirios ocupados), que

se insinúa entre el Líbano y Siria, pero no podrá evitar la necesidad de dirigirse al oeste, hasta el mar, con un frente de unos cincuenta kilómetros de ancho.

Giubbe Rosse News

<https://www.lahaine.org/mundo.php/la-guerra-inevitable>